

nes y le expresaban al mismo tiempo los sentimientos mas profundos de afecto y adhesion.

«En presencia de tan felices disposiciones, y mientras que S. M. la Reina de España con tanta solicitud provocaba un congreso de las potencias católicas para determinar los medios mas pronto para restablecer al Padre Santo en sus Estados y en su plena libertad é independencia, á cuya proposicion se adhirieron las varias potencias católicas; y para la cual se esperaba la adhesion de las demás, es triste decir que los asuntos de los Estados pontificios han quedado presa de un incendio devastador, y abandonadas á un partido subversivo de toda institucion social, el cual bajo especiosos pretextos de nacionalidad é independencia nada ha olvidado para llegar al colmo de la iniquidad.

«El decreto llamado fundamental, emanado el 9 de este mes de la Asambleta constituyente romana, es un acto que respira en todo la mas negra traicion y la mas abominable impiedad. Declara particularmente la dignidad del Papa destituida de hecho y de derecho del gobierno temporal del Estado romano, y proclama una república, y otro decreto ordena la destruccion de las insignias del Padre Santo. Su Santidad, viendo así ultrajada su suprema dignidad de Pontífice y de Soberano, ha protestado á la faz de todas las potencias, de todas las naciones, y de todós y de cada uno de los católicos del mundo entero, contra este exceso de irreligion, contra un crimen tan violento de despojo de sus derechos imprescriptibles y sagrados. Si este atentado no va seguido de una pronta reparacion, no llegaria el socorro sino cuando los Estados de la Iglesia, presa hoy de sus mas encarnizados enemigos, estarian completamente reducidos á cenizas.

«Por esto, pues, el Padre Santo, despues de haber apurado todos los medios que estaban en su poder, impelido por el deber que sobre él pesa, á la faz de todo el mundo católico, de conservar en su integridad el patrimonio de la Iglesia y la soberanía á ella aneja como indispensable para conservar su plena libertad é independencia de jefe de esta Iglesia; conmovido por otra parte por los gemidos de las gentes de bien que reclaman altamente ayuda y socorro, y las cuales no pueden soportar por mas tiempo un yugo de hierro y una mano tiránica; el Padre Santo se dirige de nuevo á estas mismas potencias, y especialmente á las católicas, las cuales con tan grande generosidad de corazon y de una manera inequivoca han manifestado su resuelta voluntad de defender su causa, teniendo por cierto que querrán concurrir con la mas viva solicitud, con su intervencion moral, á restablecerle en su puesto y en la capital de los dominios que le han sido entregados para conservar su plena libertad é independencia, los cuales están garantidos por otra parte por todos los tratados que forman la base del derecho público europeo.

«Y puesto que el Austria, la Francia, la España y el reino de las Dos Sicilias se encuentran por su posicion geográfica en situacion de poder prontamente concurrir con sus armas á restablecer en los dominios de la Santa Sede el orden turbado por una horda de sectarios, el Padre Santo, fiando en el interés religioso de estas potencias, hijas de la Iglesia, pide con entera seguridad su intervencion armada para librar principalmente el Estado de la Santa Sede de la faccion de los miserables que están ejerciendo en él por medio de toda especie de crímenes el mas atroz despotismo.

«Solo de este modo podrá devolverse el orden á los Estados de la Iglesia,

restablecido el Padre Santo en el libre ejercicio de su suprema autoridad, como lo exigen imperiosamente su augusto y sagrado carácter, los intereses de la Iglesia universal y la paz de los pueblos. Así es como podrá él conservar ese patrimonio que recibió á su advenimiento al pontificado, para transmitirlo en su integridad á sus sucesores.

«Su causa es la del orden y del Catolicismo. Por esto el Padre Santo tiene la confianza de que todas las potencias con las cuales mantiene relaciones amistosas, y que en las varias fases de la situacion á que se ha visto reducido por un partido de facciosos le han manifestado el mas vivo interés, darán su apoyo moral á la intervencion armada que la gravedad de las circunstancias le obliga á invocar. Las cuatro potencias arriba nombradas no vacilarán un momento en prestarle la cooperacion que de ellas reclama, prestando así un inmenso servicio al orden público y á la Religion.

«El abajo firmado, cardenal prosecretario de Estado de Su Santidad, pide á V. E. que tenga la atencion de comunicar esta nota lo mas pronto posible á su Gobierno, y en la confianza de una benévola acogida, como así lo espera, tiene el honor de repetiros sus sentimientos de distinguida consideracion. — Cardenal Antonelli.»

Era ya imposible resistir por mas tiempo el elocuente llamamiento de la justicia. Las potencias católicas dispusieron se abriese en Gaeta una conferencia diplomática, que se inauguró el dia 30 de marzo: sus deliberantes eran el duque de Harcourt, y luego Courcelles, por la Francia, el Sr. Martinez de la Rosa, los condes de Rayneval, Mauricio Esterhazy y de Ludolf. Como puede suponerse, si bien uno era el fin de los ilustres conferenciantes, no podia menos de ser diferente el punto de vista con que consideraban la oportunidad de los diversos medios que se presentaban conducentes á la restauracion pontificia en Roma.

Los representantes de Francia ocupaban la mas ambigua y extraña posicion. Mandatarios de una república que acababa de llegar al poder llena de juveniles ilusiones, debian tener delicados miramientos á las diversas fuerzas políticas de su nacion.

Cada dia se suscitaban en las Cámaras francesas solemnes debates sobre la actitud que debia tomar la república respecto á la cuestion romana, y si bien los republicanos moderados y sensatos creian que se perjudicaba el honor de la república universal contrayendo alianza ó siquiera guardando consideraciones á los asesinos constituidos violentamente en el Quirinal, no faltaba el fogoso partido, acaudillado por Quinet y Ledru-Rollin, que deseaba y pedia que el pabellon francés fuése á Italia para proteger con su sombra á la república demagógica.

La constitucion de la conferencia presentó una cuestion prévia; ¿debe admitirse en ella un representante del poder pontificio? se preguntaron los embajadores. Y la solucion parecia por de pronto inclinarse á la negativa; sin embargo, no tardó en triunfar el convencimiento de que la defensa de la causa del Pontificado empezaria con un injustificable desaire á la autoridad y digna representacion de la soberanía papal.

El cardenal Antonelli fue admitido á las deliberaciones y elevado á la presidencia de los diplomáticos.

Acertada fue la eleccion de Pro IX en este punto, como lo era en la desig-

nacion de las personas que debian figurar en los asuntos graves de su pontificado.

«El cardenal Antonelli, dice Crétineau-Joli, que es á la vez hombre de Iglesia, hombre de mundo y hombre de Estado, sabe sacar de la esencia misma del obstáculo una solucion inesperada; y siempre con el sonris en los labios, sin perder la serenidad ante el peligro, ni enfrente de la calculada calumnia, manifiesta madura reflexion y perfecto dominio sobre el torbellino de las pasiones.»

Ardua era en verdad la inauguracion política del eminente Cardenal; mas difícil y comprometida sin duda que la de los gloriosos Consalvi y Bernetti. Empero su lúcida mirada, su enérgico ánimo, su prudente sagacidad, su resolucion pronta le colocaron de un salto sobre las complicaciones que fueran espantosas para quien no midiera su admirable talla.

¿Cómo armonizar el diverso género de intervencion de las cuatro cortes que á ella se prestaban?

El Cardenal comprendió que urgía echar una base para deliberar sobre una hipótesis concreta; y con esta mira propuso que la Francia procediera á la ocupacion de Civitavecchia y de las provincias de Espoleto y Perugia; Austria las Legaciones hasta Ancona; Nápoles las provincias de Velletri, Frosinone y Ascoli; y finalmente que á la España se encargara la conquista de Roma y sus alrededores.

No disgustó á la conferencia el plan. Empero la Francia nunca se resigna á papeles secundarios. El embajador de esta nacion dispuso que uno de sus secretarios partiera con el vapor *Ariel*, con pliegos en los que se avisaba al Presidente de la república el secundario puesto que iba á darse á la Francia, si prontamente no se decidia.

Este aviso y la persuasiva elocuencia del P. Vaures precipitaron la activa intervencion francesa.

En efecto, aquel modesto Padre conventual, admitido en audiencia particular por Luis Napoleon, le recordó oportunisimamente que un dia el papa Gregorio XVI, al perdonarle los errores políticos de su juventud, le habia bendecido diciendo: «Esta bendicion traerá la dicha al jóven Príncipe, y le proporcionará ocasion de prestar á la Iglesia un servicio inmenso.»

Las tropas expedicionarias partieron á toda vela de los puertos franceses del Mediterráneo.

Empero no dejaba de ofrecer fundados temores la llegada de un ejército republicano antes de haber la diplomacia definido por completo el carácter y fin de la intervencion, y cuando en el seno de la conferencia, ora se recordaba el *Memorandum* del año 1831; ora se ponía en discusion la posibilidad de sostener una constitucion de Estado sobre ancha base; ora se trataba de aunar la causa de la independenciam de la Cabeza de la Iglesia con las de la libertad del pueblo y de la paz de Italia.

Pro IX determinó derramar los resplandores de la palabra pontificia sobre el mundo y sobre los diplomáticos, congregando el sacro Colegio, y compendiando en una *alocucion* célebre toda la historia de sus padecimientos así como toda la extension de sus deseos.

No puede dejar de insertarse aquí la

*Alocucion pronunciada en el consistorio secreto celebrado en Gaeta el 20 de abril de 1849.*

«Venerables hermanos: Nadie ignora el impetuoso torrente de males que con harto dolor de nuestro corazon agita y conturba lamentablemente nuestros Estados pontificios y casi toda la Italia. Y ¡pluguiera al cielo que los hombres, amaestrados con estas tan lamentables vicisitudes, llegaran á entender que nada puede serles mas dañoso que el apartarse del sendero de la verdad, de la justicia, de la honradez y religion; el escuchar los perversos consejos de los impíos, y dejarse engañar y seducir por sus asechanzas, sus fraudes y sus errores! Porque, á la verdad, el orbe todo sabe muy bien y testifica cuál y cuán grande ha sido nuestra solicitud y cuidado en procurar á los pueblos de nuestros pontificios dominios el verdadero y sólido bien, la prosperidad y la paz; y cuál tambien ha sido el fruto que hemos recogido de tanta indulgencia y amor de nuestra parte. Y con estas palabras solo queremos condenar á los pérfidos autores de tantos males, pues estamos muy distantes de querer culpar por ello á la mayoría de la poblacion. Mas, esto no obstante, vémonos precisados á deplorar que muchos de entre el pueblo se hayan dejado engañar hasta el punto de que, desoyendo nuestras voces y amonestaciones, hayan dado oídos á las falaces doctrinas de ciertos maestros que, abandonando el *recto camino* y caminando por *sendas tenebrosas* (1), todo su anhelo era seducir con falsas y magníficas promesas especialmente á los incautos é ignorantes, y sumergirlos en el error y la mentira. Todos saben el concierto de elogios con que en todas partes fue celebrada aquella memorable y amplísima amnistía que, con el fin de procurar la paz, el bienestar y la tranquilidad de las familias, concedimos; pero todos saben igualmente que muchos de los comprendidos en esa amnistía, y que á ella se acogieron, no solo no mudaron en nada sus principios é intenciones, segun esperábamos, sino que insistiendo mas y mas de dia en dia en sus proyectos y maquinaciones, todo lo emprendieron, y no dejaron piedra por mover á fin de trastornar y destruir radicalmente, segun ya hacia tiempo proyectaban, la soberanía temporal del romano Pontífice y su Gobierno, y declarar al mismo tiempo la guerra mas cruel á nuestra santísima Religion. Para conseguir esto con mas facilidad, pusieron especial empeño en convocar y reunir las turbas populares, inflamarlas y mantenerlas en continua agitacion con las frecuentes y grandes manifestaciones que ellos procuraban incesantemente fomentar y llevar cada dia en aumento, valiéndose para ello hasta del pretexto de las concesiones que Nos hacíamos... De aquí que las concesiones, que al principio de nuestro pontificado hicimos espontánea y gustosamente, no solo no produjeron el fruto apetecido, sino que ni siquiera pudieron echar raíz alguna, porque los hábiles forjadores de engaños abusaban de esas mismas concesiones para excitar mas y mas agitacion. Hemos, pues, creído conveniente, venerables hermanos, recordar rápidamente en vuestra presencia los hechos y hacer de ellos una reseña, siquiera sea ligera, con ánimo de que todos los hombres de buena voluntad conozcan clara y abiertamente qué es lo que los enemigos de Dios y del género humano quieren y desean, y cuál es su firme y constante anhelo.

(1) Prov. I, 18.

«Movidos de nuestro particular afecto á nuestros súbditos, nos dolia y llenaba de la mayor amargura, venerables hermanos, el ver esa continua agitacion é incesantes manifestaciones populares tan contrarias al orden y pública tranquilidad, no menos que á la paz y sosiego de las familias; ni podíamos tolerar aquellas tan repetidas colectas pecuniarias que bajo diferentes nombres se pedian con no pequeño detrimento de los ciudadanos. Así es que en abril de 1847, y por medio de un edicto de nuestro cardenal secretario de Estado, prevenimos á todos que se abstuviesen de esas reuniones populares y de esas suscripciones, y se dedicasen nuevamente al cuidado de sus propios negocios, poniendo en Nos toda su confianza, y persuadiéndose de que todos nuestros pensamientos y todo nuestro anhelo únicamente se encaminaban á labrar la pública felicidad, de lo cual habíamos dado ya muchas y muy relevantes pruebas. Empero estas nuestras saludables prevenciones y avisos con que tratábamos de calmar y poner término á esos movimientos populares, y hacer entrar de nuevo á los pueblos en la senda del orden y de la tranquilidad, contrariaban directamente los deseos malignos y perversas maquinaciones de ciertos hombres. Por eso los incansables promotores de esas agitaciones, que ya se habian opuesto á otra disposicion publicada de nuestra orden por el mencionado cardenal para la buena y útil educacion del pueblo, no bien tuvieron noticia de aquellos nuestros avisos y prevenciones, comenzaron por todas partes á clamar contra ellas, y agitar hasta con mayor empeño la incauta muchedumbre, induciéndola con insidiosas indicaciones á que no se entregase á esa calma y tranquilidad por Nos tan deseada, pues decian que el falaz objeto de esa calma era el de adormecer los pueblos, para que así pudiera ser mas fácil oprimirlos en adelante con el duro yugo de la esclavitud. Desde entonces dirigiéronsenos multitud de escritos y aun impresos llenos de los mayores insultos, contumelias y aun amenazas; escritos é impresos que condenamos á un eterno olvido y arrojamos al fuego. Mas para que esos hombres pudiesen conseguir se diese algun crédito á esos falsos peligros que vociferaban iban á venir sobre el pueblo, no se horrorizaron de difundir entre el pueblo el rumor de cierta conspiracion por ellos hábilmente forjada, de amedrentarle y de propagar con la mas torpe mentira la idea de que el fin de esa conspiracion no era otro que el de llenar de luto y de sangre la ciudad de Roma, sembrando la guerra civil, para que, abolidas y arrancadas de raíz las nuevas instituciones, se restableciese la antigua forma de gobierno. Con el pretexto de esta falsísima conjuracion pretendian únicamente los enemigos provocar y excitar con la mayor maldad el desprecio, envidia y furor del pueblo contra algunos distinguidísimos varones aventajados en virtud y religion, constituidos en dignidad eclesiástica. Bien sabeis que en medio de esta eferescencia se propuso la institucion de la guardia cívica, y se reunió esta con tanta celeridad, que fue absolutamente imposible proveer á su buena organizacion y disciplina.

«Cuando á fin de fomentar mas y mas la prosperidad de la administracion pública juzgamos oportuno instituir la Consulta de Estado, los hombres enemigos tomaron al punto ocasion de ahí para asestar nuevos tiros al Gobierno, y al mismo tiempo hacer que esta institucion, que tan útil y ventajosa podia ser para los intereses públicos, se convirtiese en perjudicial y dañosa. Y como habia cundido impunemente su opinion de que con esa institucion se cambiaba la índole y naturaleza del Gobierno pontificio y se sujetaba nuestra

autoridad al dictámen de los consultores, por eso en el mismo dia en que se inauguró esa Consulta de Estado tuvimos buen cuidado de amonestar seriamente y con severas palabras á ciertos hombres turbulentos que acompañaban á los consultores, y manifestarles clara y abiertamente el verdadero objeto de esta institucion. Los perturbadores empero insistian cada vez con mas empeño en atraerse la seducida muchedumbre, y, para mantener y aumentar el número de sus prosélitos, propalaban con la mayor impudencia y desfachatez, así en nuestros Estados pontificios como en el extranjero, que Nos estábamos enteramente conformes con sus opiniones y designios. Ya recordaráis, venerables hermanos, en qué términos nos apresuramos á excitar y exhortar seriamente á todos los pueblos en nuestra alocucion consistorial, pronunciada el 4 de octubre de 1847 en vuestra presencia, para que se guardasen con el mayor cuidado de los engaños y fraudes de esos hombres taimados. Mas entre tanto esos astutos fautores de agitacion y de insidias, á fin de mantener siempre viva en las turbas la agitacion y el temor, esparcieron por el mes de enero del año pasado el vano rumor de una guerra extranjera para así atemorizar el ánimo de los incautos; y propalaban entre el vulgo que esa guerra era fomentada y sostenida por las conspiraciones intestinas y por la maligna inercia de los gobernantes. Para calmar los ánimos y refutar la falacia de los traidores no demoramos un momento el declarar en 10 de febrero del mismo año, y en los términos que todos saben, que todas esas voces eran enteramente falsas y absurdas. Y entonces vaticinábamos á nuestros muy amados súbditos lo que ahora, Dios mediante, sucederá, á saber, que para defender la casa del comun Padre de familias, esto es, el Estado de la Iglesia, volarian innumerables hijos, si se disolviesen aquellos estrechos vínculos de gratitud y buena voluntad con que debian unirse entre sí los pueblos y los príncipes de Italia, y si los mismos pueblos descuidasen reverenciar y con todas sus fuerzas sostener y defender la prudencia de sus príncipes y la santidad de sus derechos.

«Y si bien esas nuestras palabras que acabamos de mencionar tranquilizaron por algun tiempo, aunque corto, á todos aquellos que eran enemigos de continuas agitaciones, nada empero consiguieron de los irreconciliables enemigos de la Iglesia y de la sociedad humana, que de nuevo habian excitado tumultos y alborotos. Porque insistiendo en las calumnias que ellos y sus consortes habian propalado contra unos religiosos consagrados al divino ministerio y beneméritos de la Iglesia, concitaron é inflamaron contra ellos y con los mayores esfuerzos el furor popular. Y no ignorais, venerables hermanos, que de nada sirvieron las palabras que en 10 de marzo del año pasado dirigimos al pueblo, con las que nos esforzábamos por librar de la dispersion y del destierro aquella religiosa familia.

«Así las cosas, ocurrieron en Italia y en Europa las revoluciones que todos saben, y Nos entonces, levantando de nuevo nuestra voz en 30 de marzo del mismo año, cuidamos de amonestar y exhortar encarecidamente á todos los pueblos á que respetasen la libertad de la Iglesia católica; defendiesen el orden en la sociedad civil; guardasen los derechos de todos, y procurasen observar los preceptos de nuestra santísima Religion, y practicar especialmente para con todos la caridad cristiana, toda vez que, si eran negligentes en hacerlo así, debian tener por cierto que Dios mostraria que Él era el Señor y dominador de los pueblos.

«Todos vosotros sabéis muy bien de qué modo se introdujo en Italia la forma de gobierno constitucional, y cómo se publicó el Estatuto que en 14 de marzo del año pasado concedimos á nuestros súbditos. Pero como los enemigos implacables del orden y pública tranquilidad nada anhelaban tanto como hacer contra el Gobierno pontificio todos los esfuerzos posibles, y mantener siempre viva en el pueblo la agitacion y las sospechas, no cesaban de calumniar atrozmente al Gobierno, ya con los escritos que divulgaban, ya en los círculos y asociaciones, ya en fin por otros medios cualesquiera, y de acusarle de inerte y fraudulento, á pesar de que el Gobierno se dedicaba con el mayor afan y solicitud á hacer que á la mayor brevedad posible se publicase el tan deseado Estatuto. Y con esta ocasion queremos que sepa todo el universo que por entonces mismo aquellos hombres, firmes en su propósito de trastornar el Estado pontificio y la Italia entera, nos propusieron, no ya la proclamacion de la constitucion, sino de la república, como el único refugio y puerto de salvacion para Nos y para el Estado de la Iglesia. Representásenos aun aquella noche, y se nos vienen á los ojos ciertos hombres que, alucinados y miserablemente engañados por los artífices de mentira, no titubeaban en abogar por la causa de estos, y proponernos la mencionada proclamacion de la república. Lo cual, á mas de otros innumerables y gravísimos argumentos, demuestra mas y mas que las peticiones de nuevas instituciones y el progreso tan cacareado por tales hombres tienen por único objeto fomentar continuas agitaciones; arrancar de raíz por todas partes todos los principios de justicia, de virtud, de honradez y religion, é introducir por doquiera, propagar por todas partes y entronizar, con grandísimo detrimento y ruina de toda la sociedad humana, el horrible y funestísimo sistema que llaman *socialismo*, ó tambien *comunismo*, directamente contrario tambien aun al mismo derecho y razon natural.

«Mas á pesar de que era clara y manifiesta esta tenebrosísima conspiracion, ó mas bien esta prolongada série de conspiraciones, con todo eso no fue conocida, por haberlo así Dios permitido, de muchos de aquellos á quienes debia ser sumamente interesante por tantos motivos la pública tranquilidad. Y por mas que se hacian gravísimamente sospechosos los infatigables promovedores de turbulencias, no faltaron, sin embargo, algunos hombres bien intencionados que les alargaron una mano amiga, esperanzados quizás de poderlos reducir al camino de la templanza y de la justicia.

«Resonó, entre tanto, en toda la Italia un grito de guerra, y conmovida y arrastrada por él una parte de los súbditos de nuestros Estados, corrió á las armas, y contraviniendo á nuestra voluntad, quiso traspasar las fronteras de los mismos Estados pontificios. Ya sabéis, venerables hermanos, cómo, cumpliendo con el deber de sumo pontífice y con el de soberano, nos opusimos á los deseos injustos de los que pretendian arrastrarnos á hacer tal guerra y solicitaban compeliésemos á que fuéramos al combate, es decir, á una muerte cierta, la inexperta juventud, atropelladamente alistada, que no habia aprendido nunca el arte ni la disciplina militar, y que carecia de jefes idóneos y de auxilios militares. Y lo solicitaban de Nos que, sublimado, aunque sin merecerlo, á la cumbre de la dignidad apostólica por los inescrutables decretos de la divina Providencia, y haciendo las veces de JESUCRISTO aquí en la tierra, recibimos de Dios, que es autor de la paz y amador de la caridad, la mision, no de conducir los hombres á la desolacion y la muerte, sino de mirar con todo

el ahinco posible por la salvacion de todos, abrazando con un amor igualmente paternal á todos los pueblos, gentes y naciones. Y cuando á ningun príncipe le es lícito jamás emprender la guerra sino con justas causas, ¿habrá álguien tan menguado de razon y de sentido que no vea bien claro que el mundo católico exigirá del romano Pontífice, y con mucha razon, mayor justicia y causas mas graves si viese que el Pontífice mismo declaraba y hacia la guerra á alguno? Por eso en la alocucion que os dirigimos en 29 de abril del año pasado declaramos pública y abiertamente que Nos éramos enteramente ajenos á aquella guerra. Por aquel mismo tiempo tambien repudiamos y rechazamos la oferta, insidiosísima por cierto, que no solo con grandísima injuria de nuestra persona, sino tambien para ruina de Italia, se nos hacia así de palabra como por escrito, á saber, que quisiésemos admitir la presidencia de una república italiana. Tuvimos, pues, cuidado de cumplir con la obligacion gravísima de hablar, amonestar y exhortar, que por especial misericordia de Dios nos impuso el mismo Dios, y confiamos por lo tanto que no se nos podrá dar en rostro con aquello de Isaias: *¡Ay de mí, porque callé!* Mas ¡ojalá que todos nuestros hijos hubiesen prestado sus oídos á nuestras voces, amonestaciones y exhortaciones paternales!

«Recordad, venerables hermanos, qué clamoreo y qué tumultos promovieron los hombres de la fraccion turbulentísima despues de la alocucion á que nos hemos referido ahora, y cómo se nos impuso un Ministerio civil grandemente contrario á nuestras intenciones y principios, y á los derechos de la Sede apostólica. Lo que es Nos bien presentimos desde entonces que seria desgraciado el éxito de la guerra de Italia, al paso que uno de aquellos ministros no dudaba asegurar que aquella guerra subsistiria aun sin nuestro asentimiento y á pesar de nuestra oposicion y de no tener la bendicion pontificia. El cual ministro por cierto, haciendo á la Sede apostólica una gravísima injuria, tuvo la osadía de proponer que se separase enteramente la soberanía temporal del romano Pontífice de su potestad espiritual. Y poco despues llegó el mismo ministro hasta á afirmar públicamente de Nos cosas tales, que con ellas echaba en cierto modo fuera y apartaba de la sociedad del género humano al Sumo Pontífice. Plugo al Señor, que es justo y misericordioso, humillarnos bajo su mano poderosa, permitiendo que durante muchos meses peleasen de una parte la verdad y de otra la mentira, en un combate encarnizado que tuvo fin con la eleccion de un nuevo Ministerio, al cual siguió luego otro en qué estaban hermanados el talento y el deseo especialísimo, así de proteger el orden público como de guardar las leyes. Pero la audaz y desenfrenada licencia de las malas pasiones, levantando cada dia mas alta su cabeza, iba muy en aumento, y los enemigos de Dios y de los hombres, enardecidos con una larga y rabiosa sed de dominar, de robar y de destruir, únicamente aspiraban á trastornar todos los derechos divinos y humanos para que pudiesen satisfacer sus deseos. De aquí fue el salir á luz y mostrarse públicamente maquinaciones preparadas de muy atrás; el regar de sangre humana las calles; el cometer sacrilegios que jamás se deplorarán bastante, y el hacernos con una osadía inexplicable en nuestro mismo palacio Quirinal una violencia enteramente inaudita.

«Por lo cual, agobiados con el peso de tan terribles angustias, no pudiendo ejercer libremente los deberes de príncipe, y ni aun los de Pontífice, debimos alejarnos de nuestra sede, no sin harto dolor y amargura de nuestro corazon.

Para evitar que con el funesto recuerdo de esos deplorabilísimos hechos se recrudezca de nuevo nuestro dolor y el vuestro, omitimos hacer aquí una nueva reseña de ellos, habiéndolos consignado ya en nuestras públicas protestas. Los sediciosos, empero, no bien tuvieron noticia de estas protestas, redoblaron su audacia y su furor, y no perdonaron género alguno de amenazas, de fraudes, de dolo y de violencia para aterrorizar todavía mas á todos los buenos que ya estaban consternados y abatidos. Y despues que introdujeron aquella nueva forma de Gobierno que llamaban *Junta de Estado* y suprimieron enteramente los dos Consejos instituidos por Nos, se dedicaron con el mayor afan á reunir un nuevo consejo que les plugo intitular con el nombre de *Constituyente romana*. Horroriza el pensar y estremece el decir los muchos y grandes fraudes de que se valieron para poder llevar á cabo semejante proyecto. Pero en esta ocasion no podemos menos de tributar á la mayor parte de los magistrados de nuestros Estados pontificios las debidas alabanzas, porque teniendo presente lo que su honor y su deber exigian, prefirieron abdicar sus cargos á contribuir de modo alguno á un acto que despojaba de su legitima autoridad temporal á su príncipe y amantísimo padre. Reunióse, al fin, aquel Consejo, y cierto abogado romano, en su primer discurso á los allí congregados, no vaciló en declarar clara y abiertamente á todos cuál era su sentir, su deseo y su intento, y el de todos sus demás compañeros, autores de la horrible agitacion. *La ley moral del progreso es imperiosa é inesorable*, decia él, y añadia al mismo tiempo que ya era antiguo en él y en los demás el pensamiento de destruir enteramente el dominio y régimen temporal de la Silla apostólica, aun cuando Nos hubiésemos accedido de todos modos á sus deseos. Hemos querido mencionar en vuestra presencia esta declaracion para que todos entiendan que si hemos atribuido á los autores de desórdenes y turbulencias ese perverso designio, no ha sido por una mera conjetura ó una simple sospecha, sino que ha sido revelado paladina y públicamente al mundo todo por aquellos mismos que hasta por respeto á sí propios debieran abstenerse de hacer semejante declaracion. No eran, no, unas instituciones mas liberales, ni la mas ventajosa administracion pública, ni sábias y oportunas disposiciones de cualquier género que fuesen lo que esos hombres querian; lo que querian era atacar, arrancar y destruir enteramente la soberanía y poder temporal de la Silla apostólica. Y este designio lo llevaron á cabo, en cuanto de su parte estaba, con aquel decreto de la llamada *Constituyente romana*, expedido el 9 de febrero de este año, por el que declararon decaidos de hecho y de derecho del Gobierno temporal á los romanos Pontífices, y en esto no sabemos qué fue mayor, si la injusticia que se cometia contra los derechos de la Iglesia romana y la libertad que le es aneja de desempeñar el ministerio apostólico, ó los perjuicios y calamidades que se causaban á los súbditos de los Estados pontificios. No pequeña amargura causaron en Nos, venerables hermanos, tan lamentables hechos, y especialmente duélenos sobremanera el que la ciudad de Roma, centro de la unidad y de la verdad católica y maestra de la virtud y de la santidad, aparezca ante todas las gentes, pueblos y naciones como fautora de tan graves males. Sin embargo, en medio de tanta amargura de nuestro corazon, nos es muy grato poder afirmar que la gran mayoría, así del pueblo romano como de los demás pueblos de nuestros Estados pontificios, constantemente adicta á Nos y á la Silla apostólica miró con horror aquellas perversas maquinaciones, aunque permaneció espectadora de tan de-

plorables acontecimientos. Sirviéronos tambien de sumo consuelo la solicitud de los obispos y clero de nuestros Estados pontificios que, arrostrando peligros y todo género de dificultades, no cesaron de cumplir con su ministerio y con los deberes de su cargo, á fin de apartar á los pueblos, ya de palabra y ya con su ejemplo, de aquella agitacion y de los malvados designios de la faccion.

«En medio de tan empeñada lucha y de tan graves circunstancias nada ciertamente dejamos de hacer por nuestra parte para el mantenimiento del orden y tranquilidad pública. Con efecto, mucho antes de que ocurriesen aquellos funestísimos sucesos de noviembre, hicimos todos los esfuerzos posibles para que las tropas suizas que estaban al servicio de la Silla apostólica, y se hallaban en nuestras provincias, se trasladasen á esta ciudad; pero esta disposicion nuestra no se ejecutó, contraviniéndose así á nuestros deseos, por obra de los que en el mes de mayo hacian de ministros. Ni es esto todo: pues aun antes y despues de esa época, tratamos de allegar otras fuerzas militares á fin de conservar el orden público, especialmente en Roma, y reprimir la audacia de los hombres enemigos; pero, permitiéndolo así Dios, nos faltaron esos refuerzos á causa de las circunstancias de los tiempos y de las cosas. Por último, aun despues de los lamentables sucesos de noviembre, no descuidamos de inculcar encarecidamente á todas nuestras tropas indígenas, en nuestras letras de 5 de enero, que acordándose de su Religion y del honor militar guardasen la fidelidad que habian jurado á su soberano y trabajasen con el mayor empeño en que en todas partes se mantuviese la tranquilidad pública y la obediencia y adhesion debida al Gobierno legitimo. Aun hay mas: mandamos viniesen á Roma nuestras tropas suizas; pero estas no obedecieron nuestra orden, y especialmente su jefe no se portó en esta ocasion cual cumplia á su deber y á su honor.

«Entre tanto los jefes facciosos, dándose prisa en llevar á cabo su empresa, y cada dia con mayor furor y audacia, no cesaban de despedazar con horrendas injurias y calumnias de todo género, así á Nos como á los que nos rodeaban: y ni siquiera vacilaban en abusar indigna y detestablemente aun de las mismas palabras y sentencias del santo Evangelio, á fin de que, vestidos con piel de oveja siendo interiormente lobos rapaces, pudieran atraerse á todos sus malvados designios y perversas tramas la multitud ignorante, é imbuir en falsas doctrinas á los incautos. Á su vez los fieles súbditos, firmemente adictos á Nos y al poder temporal de la Silla apostólica, nos pedian con razon y con justicia los sacásemos de tantas y tan gravísimas angustias, peligros, calamidades y perjuicios que por todas partes los agobiaban. Y pues que hay entre ellos algunos que nos miran como causa, aunque inocente, de tantos disturbios, queremos entiendan estos que Nos, desde el momento en que fuimos elevados á la suprema Silla apostólica, encaminamos toda nuestra paternal solicitud y consejo, segun mas arriba hemos declarado, á proporcionar á los pueblos de nuestros Estados pontificios todas las mejoras posibles; pero por obra de hombres enemigos y turbulentos sucedió que quedaron frustrados nuestros deseos; al paso que, por el contrario, permitiéndolo Dios, los hombres facciosos pudieron llevar á cabo lo que de mucho tiempo atrás no cesaban de maquinar é intentar por todos y cualesquiera medios y ardidés que su malicia les sugeria. Así, pues, lo que ya hemos dicho en otra vez, lo repetimos aquí de nuevo, á saber, que en esta deshecha y violenta borrasca que tiene